

puso un vestido de luto que acababa de comprar. Al salir vió que su anciano padre, cabizbajo y cruzadas las manos á la espalda, se encaminaba tristemente á San Filiberto.

Berta sollozó, y mirando por última vez la verde campiña del país de Retz que en lontananza se divisaba junto al azulado horizonte de la selva de Machecul:

—¡Adiós cuanto amo en la tierra!

Dijo; y entró en la ciudad de Nantes.

XXXIX

CASTIGO

Durante las tres horas que Courtin pasó atado de piés á cabeza y tendido en el suelo en las ruínas de San Filiberto, al lado del cadáver de José Picaut, su corazón sufrió todas las angustias que pueden torcer y desgarrar un corazón humano.

Sentía debajo el precioso cinto sobre el cual tuvo la precaución de echarse; pues también aquel oro acrecentaba los dolores é inquietudes que le asaltaban.

En efecto, aquel oro, para él más querido que la vida, ¿no iba á perderlo? ¿Quién era el desconocido de quien maese Jaime había hablado á la viuda? ¿Cuál era la misteriosa venganza que debía temer? El alcalde de la Logerie iba haciendo memoria de las personas por él agraviadas en el decurso de su vida, y su lista era muy larga, y sus rostros amenazadores poblaban la oscuridad de la torre.

De vez en cuando empero brillaba un rayo de esperanza entre sus siniestros pensamientos, el cual, vago é indeciso al principio, tomaba poco á poco una forma. ¿Acaso podía morir un hombre que poseía tan hermosos luises? Si ante él se levantaba la venganza, ¿no podía aplacarla echándola un puñado de oro? Entonces contaba y recontaba en su imaginación la suma que le pertenecía, que era muy suya y le apretaba deliciosamente las carnes cual si el oro llegara á incorporarse con su persona; luego pensaba, si conseguía

escaparse, en los cincuenta mil francos que iba á reunir con los cincuenta mil que ya poseía, y atado como estaba, víctima condenada á la muerte, esperando tan sólo aquella espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, y que de un minuto á otro al caer podía quitarle la vida, su corazón se espaciaba en una fruición regaladísima que adquiriría las proporciones de la embriaguez. En seguida sus ideas tomaban otro sesgo: preguntábase si su cómplice, en quien no tenía sino confianza de cómplice, no aprovecharía su ausencia para arrebatárle la parte que le correspondía; veíale huír abrumado bajo el peso de la suma que se llevaba, sin querer compartirla con el único autor de la traición; y entonces preparó para esa circunstancia unas súplicas que le llegaran al corazón, unas amenazas que le espantasen y unos reproches que le enternecieran. Sin embargo, cuando reflexionaba que el señor Jacinto era probablemente tan aficionado como él al oro, á fuer de judío; cuando comparaba consigo á su asociado; cuando sondeaba en su alma lo inmenso del sacrificio que iba á pedir á su cómplice, considerando muy posible que fuesen inútiles los ruegos y las lágrimas, los reproches y las amenazas; entonces tenía accesos de rabia, arrojaba rugidos que hacían retemblar la bóveda del feudal edificio, retorciase en sus ligaduras, mordíalas y trataba de romperlas con los dientes; mas el delgado cordel parecía animarse bajo sus esfuerzos, y Courtin creía sentirlo luchar con él redoblando sus lazos: los deshechos nudos parecía que volvían á formarse por sí mismos, no ya sencillos como antes, sino dobles, cuádruples, y al mismo tiempo, como en castigo de sus vanas tentativas, penetraban en sus lastimadas carnes abriendo ardientes surcos. Entonces, cual nube al soplo del huracán, desvaneciáanse todas las esperanzas, todos los sueños de riqueza y felicidad, reapareciendo las terribles sombras de los que había perseguido: piedras, vigas, rotos maderos, vacilantes cornisas, todo se animaba, y aquellas amenazadoras formas le miraban con ojos que lucían en la oscuridad cual millares de chispas que hubiesen corrido por un negro sudario. Entonces perdía la razón, y loco de terror, desesperado, se dirigía al cadáver de José Picaut, ofreciéndole hasta la mitad de su oro, si quería desatarle; mas sólo le respondía el lúgubre eco de aquellas bóvedas, y anonadado por la emoción, el colono recaía en una insensibilidad momentánea.

Hallábase en uno de esos momentos de postración, cuando le hizo estremecer un súbito ruido: alguien andaba en el patio del castillo, y pronto oyó Courtin el chirrido de los cerrojos de la antigua frutería. Palpitóle con violencia el corazón: el temor le tenía jadeante, y ahogábale la angustia, pues preveía que iba á entrar el vengador de quien hablaba maese Jaime.

Abrióse la puerta, y la rojiza llama de la tea alumbró la bóveda con sus reflejos. Courtin tuvo un momento de esperanza, creyendo que la viuda venía sola; mas cuando vio un hombre tras ella, erizóronsele los cabellos, y sin atreverse á mirarle cerró los ojos permaneciendo callado.

El hombre y la viuda avanzaron, y después de entregarle esta la tea señalándole con el dedo á maese Courtin, indiferente sin duda á lo que iba á suceder, se arrodilló á los pies del cadáver de José Picaut para rogar por su eterno descanso.

En cuanto al hombre, continuó acercándose al colono, y como para cerciorarse de que era el mismo, aproximó la tea á su rostro.

—¿Duerme quizás? se preguntó en voz baja. ¡Oh! nó, es muy cobarde para dormir; nó, está demasiado pálido; no duermo.

Entonces fijó la tea en una grieta de la pared, sentóse en una gran piedra desprendida de la bóveda, y dirigiéndose á Courtin, le dijo:

—¡Ea! abrid los ojos, señor alcalde; tenemos que hablar, y me gusta ver los ojos de los que conversan conmigo.— ¡Juan Oullier! exclamó Courtin poniéndose lívido y haciendo un desesperado esfuerzo para romper las ligaduras y huír, ¡Juan Oullier!—Aunque no fuese más que su sombra, pareceme, señor Courtin, que aun debería espantaros, pues tendríais que rendirle terribles cuentas.—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Courtin dejándose caer en el suelo como un hombre que se resigna á su suerte.—Nuestro odio es de larga fecha, ¿no es cierto? dijo Oullier, y no nos engañaba en sus instintos: él os ha ensañado contra mí, y hoy, moribundo como me encuentro, me trae á vuestra presencia.—Yo nunca os he odiado, dijo Courtin, quien, al ver que Oullier no le mataba en el acto, abría su corazón á la esperanza y columbraba la posibilidad de salvar la vida en la discusión; nunca os he odiado, nunca, y si mi bala os hirió,

no la destinaba yo á vos, pues ignoraba que estuviéseis en el matorral.—¡Oh! mis quejas contra vos vienen de mucho más lejos, señor Courtin.—¿Qué decís? preguntó Courtin cobrando algún ánimo, os juro que antes de aquel percance, el cual deploro, nunca os puse en peligro ni os causé daño alguno.—Flaco sois de memoria, y según parece, las ofensas pesan más en el corazón del ofendido, pues yo me acuerdo.—¿De qué? Veamos: ¿de qué os acordáis? Hablad, señor Juan Oullier. ¿Querriais condenar á un hombre sin oírle, matarle sin permitirle decir algo en su defensa?—¿Quién os dice que yo quiero mataros? exclamó Oullier con la misma calma glacial que no le había faltado un momento. ¿Vuestra conciencia acaso?—¡Oh! hablad, hablad, señor Juan; decid de qué me acusáis fuera de aquel malhadado tiro, y estoy cierto de justificarme completamente. ¡Oh! sí, os probaré que nadie ha amado más que yo á los habitantes del castillo de Souday; que nadie les ha respetado tanto como yo, ni tanto como yo se ha alegrado de ese casamiento que debía enlazar las familias de nuestros amos.—Señor Courtin, dijo Oullier, justo es que el acusado se defienda, y por consiguiente, defendéos si podéis. Escuchad bien, que comienzo.—¡Oh! decid cuanto queráis, que nada temo.—Vamos á verlo. ¿Quién me entregó á los gendarmes en la feria de Montaigu, para llegar más seguramente á los huéspedes de mi amo, á quienes suponíais con razón que yo defendería? ¿Quién se emboscó después villanamente en el vallado del último huerto de Montaigu, y habiendo pedido una escopeta al dueño de aquel cortijo mató de un balazo á mi perro, á mi pobre compañero? ¿Quién, sinó vos? Responded, señor Courtin.—¿Quién se atrevería á decir que me vió disparar? exclamó el colono.—Tres personas que así lo han declarado, y entre ellas el dueño de aquella escopeta.—¿Sabía yo por ventura que el perro era vuestro? Nó, señor Juan, ¡por mi honor! lo ignoraba.

Hizo Oullier un desdenoso ademán y prosiguió con la misma voz firme y tranquila:

—¿Quién penetró en la casa de Pascual Picaut y luego reveló á los azules el secreto de la santa hospitalidad de aquel hogar, secreto que él había sorprendido?—Yo lo testifico, dijo con voz sorda la viuda Pascual.

Estremecióse el colono y no osó disculparse.

—De cuatro meses á esta parte, dijo Oullier, ¿quién me

ha salido siempre al paso, tramando á escondidas infames maquinaciones, y tendiendo sus redes escudado con el nombre de su amo, so capa de adhesión y fidelidad, virtudes que ha mancillado al contacto de sus criminales designios? Y en el erial de Bouaimé, ¿á quién oí discutir el precio de la sangre y pesar el oro que le ofrecían por la traición más negra y odiosa? ¿A quién sinó á vos?—Os lo juro por lo más sagrado, dijo Courtin figurándose todavía que el principal agravio de Oullier era la herida que le había causado; os lo juro, yo ignoraba que fuéis vos quien estaba en el matorral.—Si no es eso lo que os doy en rostro: ni os he hablado ni os hablaré de tal cosa; sin ella es bastante larga la lista de vuestros crímenes.—Habláis de mis crímenes, Juan, y os olvidáis de que el señor Michel me debe la vida; si yo hubiese sido un traidor como decís, hubiérale entregado á los soldados que cada día pasaban por delante de mi casa; os olvidáis de todo eso, mientras que por el contrario os prevaléis de las circunstancias más insignificantes para abrumarme.—Si salvaste á tu amo, replicó Oullier en el mismo tono irrevocable, es porque esa fingida generosidad favorecía tus planes, y más hubiera valido para él, así como para las dos pobres señoritas, dejarles perecer á todos con honra y gloria, que mezclarles en esas infames intrigas; de eso te acuso, Courtin, y esta idea acrecienta mi odio.—La prueba de que no quiero perjudicaros, Juan, respondió Courtin, es que si hubiese querido, hace mucho tiempo que no estaríais en este mundo.—¿Qué queréis decir?—Cuando el padre del señor Michel fué muerto, ó por mejor decir, asesinado, no muy lejos de él había un ojeador que se llamaba Courtin.

Irguióse Juan Oullier con altivez.

—Sí, prosiguió el colono, y aquel ojeador vió que era de Juan Oullier la bala que mató al traidor.—Y si el ojeador lo refiere, dijo el viejo vendeano, dirá la verdad, pues aquello no era un crimen, sinó una expiación, y me glorío de haber sido el que la Providencia eligió para castigar al infame.—Sólo Dios puede castigar y maldecir, señor Oullier.—¡Oh! no me equivoco, él me inspiró aquel odio profundo á la maldad, aquel recuerdo indeleble de la traición; su dedo era el que tocaba mi corazón cuando este corazón se estreecía cada vez que yo oía pronunciar el nombre del Judas. Cuando le herí, sentí pasar por mi rostro el soplo de la divina justicia que lo refrescaba, y desde aquel momento ha-

llé la tranquilidad y el sosiego que me huían mientras á mis ojos prosperaba el crimen impune. Ya ves que Dios estaba conmigo.—Dios no puede estar con el matador.—Siempre está Dios con el verdugo que levanta la espada de su justicia. Los hombres tienen el suyo, Dios también, y aquel día yo era la espada de Dios como en el día de hoy.—¿Vais pues á asesinar me como al barón de la Logerie?—Voy á castigar al que ha vendido á Petit-Pierre, como castigué al que vendió á Charrette; y voy á castigarle, sin temor, sin cuidado, sin remordimientos.—Ved que los remordimientos podrán acosaros cuando vuestro amo os pida cuenta de la muerte de su padre.—El mozo es justo y leal, y si está llamado á juzgarme, le diré lo que ví en el bosque de la Chabotterie, y juzgará.—¿Quién atestiguará que decís la verdad? Un solo hombre, y este hombre soy yo. Dejadme vivir, Juan, y como ahora mismo lo ha hecho esta mujer, cuando sea menester me levantaré para decir: Testifico.—El miedo te hace disparatar, Courtin. El señor Michel no invocará ningún testimonio cuando Juan Oullier le diga: Esa es la verdad; cuando Juan Oullier descubriendo el pecho le diga: Si queréis vengar á vuestro padre, herid; cuando se arrodille á sus piés é implore á Dios que le envíe la expiación, si Dios juzga que deba expiarse aquel acto. Nó, nó; en el terror que te hiela has hecho mal en evocar este sangriento recuerdo. Tú, Courtin, todavía has obrado peor que Michel padre, pues la sangre que has vendido es aun más noble que la de Charrette; la cabeza que has entregado al verdugo es más sagrada. No perdoné á Michel, ¿y te perdonara á tí? ¡Nunca! ¡nunca!—Juanito Oullier, no me matéis, exclamó el miserable sollozando.—Implora á estas piedras, demandales compasión, y tal vez te comprendan; mas nada alterará mi resolución y mi voluntad. Courtin, morirás.—¡Dios misericordioso! exclamó el colono, ¿nadie vendrá en mi ayuda? ¡Socorro, viuda Picaut, socorro! ¿Permitiréis que me maten así? Defendedme, os lo suplico, y si queréis oro, os lo daré, que no me falta. Pero ¿qué digo?... ¡Nó, nó, yo deliro, no tengo oro, no tengo! dijo el malvado temiendo aguijonear el afán de herir que veía brillar en los ojos de su enemigo; nó, no tengo; pero poseo tierras, os las daré, y os enriqueceré á entrambos. ¡Gracia, Juan Oullier! ¡Viuda Picaut, defendedme!

La viuda no se levantó; sin el movimiento de sus labios,

al verla pálida como el mármol, inmóvil y callada delante del cadáver, y con su vestido de luto, cualquiera la habría tomado por una de las estatuas que vemos arrodilladas junto á los sepulcros antiguos.

—¡Cómo! continuó Courtin, ¡y me mataréis á mansalva sin que yo pueda levantarme para huír ó mover las manos para defenderme! ¡y me degollaréis atado como una res que llevan al matadero! ¡Ah! Juan Oullier, esas no son hazañas de soldado, sinó de carnicero.—¿Quién te dice que haré tal cosa? Nó, nó, Courtin; mira la herida que me causaste en el pecho: aun no está cerrada, todavía estoy débil, y han pregonado mi cabeza; sin embargo, tan cierto estoy de la justicia de mi causa, que no vacilo en apelar al juicio de Dios. Te deajo libre, Courtin.—¡Qué oigo!—Si, te deajo libre; mas no me lo agradezcas, que no lo hago por tí, sinó por mí; no quiero que se diga que Juan Oullier ha herido á un hombre tendido inerme en el suelo. Pero cuenta, Courtin: si ahora no te quito la vida, es para matarte otro día, te lo aseguro.—¡Dios mío!—Courtin, voy á desatarte y saldrás de aquí sin el menor embarazo; mas te lo prevengo, anda con cuidado, pues luego que hayas traspuesto el umbral de estas ruínas, te perseguiré sin perderte de vista hasta que te haya muerto. ¡Guárdate, Courtin, guárdate!

Y Oullier cortó las cuerdas que sujetaban los piés y las manos del colono, quien reprimió un arranque de frenética alegría cuando al levantarse se acordó del cinto. Juan Oullier le devolvía la vida con la esperanza; mas ¿qué eran su esperanza y su vida sin el oro?

Volvió Courtin á tenderse con tanta viveza como se levantara, y Oullier que había entrevisto el repleto cinto y adivinado lo que pasaba en el corazón del colono, le dijo:

—¿No te vas? Ya entiendo: temes que al verte libre y más fuerte que yo se enardezca mi ira; temes que te eche otro cuchillo y que con este en la mano te diga: Desfíndete, Courtin. Nó; Juan Oullier sabe cumplir su palabra; date prisa, huye, que si Dios está contigo, te librará de mis golpes, y si te ha condenado, nada me importa la ventaja que te doy. Véte, véte con tu oro maldito.

Levantóse el alcalde sin responder, y vacilando como un hombre ébrio, quiso ceñirse el cinto y no pudo conseguirlo, pues las manos le temblaban como agitadas por la calentura; y antes de marcharse volvió con terror los ojos á Juan Ou-

llier: el traidor temía una traición, no pudiendo creer que la generosidad de su enemigo no encubriera alguna asechanza.

Indicóle Oullier la puerta con el dedo, y cuando Courtin trasponía precipitado la del patio, oyó la voz del vendeano que, sonora cual bélico clarín, le decía:

—¡Guárdate, Courtin, guárdate!

Estremecióse el colono, y tropezando turbado en una piedra, cayó de espaldas y exhaló un angustioso grito: parecía que el vendeano iba á echárselo encima, y creía sentir que la fría hoja de un puñal se clavaba en su pecho.

Sólo era un mal presagio. Courtin se levantó y poco después corría por el campo, mientras la viuda Picaut tendía la mano á Oullier diciendo:

—Al oíros, Juan, pensaba cuánta razón tenía mi pobre Pascual en decirme que en todos los partidos hay hombres de bien.

Estrechó Oullier la mano de la que le había salvado la vida.

—¿Cómo os encontráis ahora? le preguntó ella.—Mejor; siempre se cobra fuerza en la lucha.—¿Y á dónde váis?—A Nantes, pues según lo que vuestra madre me ha dicho, Berta no ha ido, y temo que allá haya ocurrido alguna desgracia.—Bien; á lo menos tomad un bote, y así os ahorraréis el cansancio de la mitad del camino.—Corriente.

Y Juan Oullier siguió á la viuda hasta donde las barcas de los pescadores estaban atracadas á la orilla del lago.

XL

DÓNDE SE VE CUÁN MAL COMPAÑERO ES EL ORO

Tan pronto como Courtin hubo traspuesto el puente levadizo del castillo de San Filiberto, echó á correr como un insensato sin saber á dónde iba, con las alas del temor en

los piés: huía por huír, y si sus fuerzas hubiesen correspondido á sus terrores, hubiera puesto el mundo entre sí y las amenazas del vendeano, las cuales resonaban en sus oídos como el fúnebre doblar de una campana; mas cuando hubo corrido media legua hacia Machecul, extenuado, jadeante y ahogado por la rapidez de su carrera, antes cayó que se detuvo, y poco á poco volvió en sí, reflexionando sobre lo que iba á hacer.

Su primer proyecto fué ir al momento á su casa; pero lo abandonó en seguida, pues en el campo, por más disposiciones que tomara la autoridad para proteger la vida del alcalde de la Logerie, Juan Oullier se entendía con los aldeanos, y como conocía á palmos todos los caminos, selvas y retamales, ayudado por la simpatía que le profesaban y por el odio que tenían á Courtin, el vendeano le llevaría sobrada ventaja.

En Nantes era donde debía ocultarse, en Nantes, donde una policía diestra y numerosa resguardaría su vida hasta que se prendiera á Juan Oullier, resultado que Courtin se lisonjaba de obtener muy pronto, merced á las noticias que suministraría sobre los asilos ordinarios de los rebeldes y sentenciados.

En esto llevó la mano al cinto para sostenerlo, pues el gran peso del oro le rendía y no había contribuido poco á su cansancio.

Aquel ademán decidió de su suerte.

¿No debía encontrar en Nantes al señor Jacinto? Si el complot había tenido buen éxito, de lo cual no dudaba, recibiría de él una suma igual á aquella cuya posesión le hacía olvidar las terribles pruebas que acababa de sufrir, y á esta idea se le henchía el corazón de un gozo que compensaba con creces sus recientes tribulaciones.

No vaciló un segundo más, y al punto retrocedió en dirección á Nantes. Al principio quiso ir en derechura, á campo travieso, pues en un camino se exponía á que le espantaran, y en la llanura había de ser una gran casualidad que Juan Oullier diera con su huella; pero su imaginación, exaltada por las pasadas peripecias, pudo más que su razón: á pesar de que corría á lo largo de los setos, á la sombra, amortiguando la yerba el rumor de sus pasos y no entrando en los terrenos cultivados hasta después de haberse cerciorado de que estaban desiertos, á cada momento era presa

de terrores pánicos; en los podados árboles que sobre los setos se alzaban creía ver asesinos que le acechaban, y en las nudosas ramas que sobre su cabeza se extendían, brazos amenazadores armados de puñales y prontos á herirle. Entonces se paraba helado de espanto, sus piernas se negaban á llevarle más lejos, cual si se hubieran clavado en el suelo: corríale por el cuerpo un sudor glacial, sus dientes castañeteaban convulsivamente, sus crispadas manos apretaban el oro, y necesitaba mucho tiempo para reponerse de su pavor.

Tomó el camino, en el cual le parecía que tendría menos miedo: allí encontraría transeuntes que, si bien podían ser enemigos, tal vez le auxiliarían si alguien llegaba á atacarle; y bajo la impresión del espanto que le dominaba, creía que un sér viviente, cualquiera que fuese, le parecería menos temible que los espectros negros, amenazadores é implacables en su inmovilidad que en su terror encontraba á cada paso en los campos.

Además, por el camino podía hallar un carruaje que fuese á Nantes, y subir á él para llegar más pronto á la ciudad.

Cuando hubo andado medio cuarto de hora estuvo en la calzada que sirve de camino al par que de dique al lago de Grandlieu.

Courtin se detenía á cada minuto para escuchar, y creyendo percibir en aquel momento el paso de un caballo, agachóse en el cañaveral que hay entre el camino y el lago, experimentando otra vez todas las angustias que hemos descrito.

Entonces oyó á su izquierda un suave rumor de remos, y mirando al lago, columbró en la oscuridad una barca que se deslizaba lentamente á lo largo de la orilla.

Sin duda era un pescador que iba á recoger las redes que había tendido la víspera.

El caballo se acercaba, atemorizando á Courtin con sus ruidosos pasos, y el colono dió un ligero silbido para llamar la atención del pescador, quien cesó de remar prescindiendo oído.

—Aquí, aquí, dijo Courtin.

Acercóse el bote y este preguntó:

—¿Podéis conducirme hasta el puerto de San Martín? Ganaréis un franco.

El pescador, que llevaba una especie de blusa cuya capucha le ocultaba el rostro, respondió con una inclinación de

cabeza, hizo entrar la barquilla en el juncal, y en el momento en que el caballo que tanto inquietaba á Courtin llegaba en frente del lugar donde se hallaba, el labriego saltó al bote.

Como si el pescador hubiese participado de los temores del colono, alejóse presuroso de la orilla, y éste respiró.

A los diez minutos, la calzada y los árboles ya sólo aparecían como una línea negra en el horizonte.

Courtin no cabía en sí de gozo: aquella barca que se había encontrado allí tan á punto colmaba todos sus deseos y excedía sus esperanzas todas. Una vez en el puerto de San Martín, no le faltaba más que una legua para llegar á Nantes, una legua por un camino transitado á todas las horas de la noche; y una vez en Nantes estaba salvado.

Era tal el júbilo de Courtin, que á pesar suyo y por efecto de la reacción de los temores experimentados, lo manifestaba á las claras: sentado á la popa del bote miraba con fruición al pescador que bogando le alejaba de la peligrosa orilla, y en seguida oraba entre dientes palpando el cinto. Estaba ébrio de contento.

Sin embargo, comenzó á pensar que el pescador le había apartado bastante de la orilla, y que ya podía dirigirse al puerto de San Martín.

Por algunos momentos aguardó creyendo que aquella era una maniobra de pescador, y que éste buscaba alguna corriente que facilitara su tarea; pero aquel hombre continuaba remando lago á dentro.

—¡He! dijo en fin el colono, habréis comprendido mal; no quiero ir al puerto de San Pedro, sino al de San Martín. Dirigios pues allá, y habréis ganado más pronto el dinero.

El pescador no desplegó los labios.

—¿Me habéis oído? preguntó Courtin impaciente. Buen hombre, el puerto de San Martín está á la derecha. Que no boguemos demasiado cerca de la calzada, está bien; que estemos fuera del alcance de las balas que pudieran enviarnos desde la orilla, pase también; pero rememos por este lado, si os place.

El pescador dió otra vez la callada por respuesta.

—¡He! ¿sois sordo? exclamó el colono empezando á enfadarse.

Y viendo que el pescador continuaba remando en la misma dirección, Courtin corrió á él, echóle atrás la capu-

cha, miróle el rostro, y exhalando un grito ahogado cayó de rodillas en la barca.

Soltó el hombre los remos, y sin levantarse dijo:

—Está visto, Courtin, Dios ha fallado contra tí. Yo no te buscaba, y él te envía. Dios quiere que mueras, Courtin. —Nó, no me mataréis, Juan Oullier, exclamó el alcalde volviendo á sus primeros terrores. —Vaya si te mataré, tan cierto como ves lucir las estrellas. Con que si tienes alma, arrepiéntete y ruega para que el juicio no sea harto severo. —¡Ah! ¡no haréis tal, Juan, no haréis tal! ¡Ved que vais á matar á una criatura de ese Dios bondadoso cuyo nombre pronunciáis! ¡Señor! ¡Señor! ¡no ver más la tierra tan hermosa cuando el sol la ilumina! ¡yacer en un sepulcro helado, lejos de las personas amadas! ¡Ah! nó, es imposible. —Si fueses padre, si tuvieses una esposa, una madre ó una hermana que esperase tu regreso, tus súplicas llegarían á ablandarme; pero nó: inútil á los hombres, sólo has vivido para servirte de ellos y volverles mal por bien; también blasfemas en tu mentira, pues tú á nadie has amado, nadie te ha amado en el mundo, y al clavarse en tu pecho mi puñal sólo herirá tu corazón. Courtin, vas á comparecer delante de tu juez; encomiéndale tu alma. —¿Bástanme para ello algunos minutos? Un culpable como yo necesita años enteros para que el arrepentimiento corresponda al pecado. Vos que sois tan piadoso, Juan Oullier, me dejaréis vivir para llorar mis culpas. —Nó, nó; la vida te serviría para cometer otros delitos, y la muerte será la expiación. —¿La temes? preséntate angustiado á los piés del Señor, y te recibirá en su misericordia. Courtin, el tiempo vuela, y tan cierto como Dios está sobre estos astros, dentro de diez minutos te encontrarás en presencia suya. —¡Diez minutos! ¡Cielo santo! ¡Ah! ¡piedad piedad! —El tiempo que empleas en ruegos inútiles es perdido para tu alma; piénsalo, Courtin, piénsalo.

No respondió el colono; había puesto una mano sobre un remo, y un rayo de esperanza acababa de cruzar por su mente.

Asió con disimulo el remo, y levantándose bruscamente, lo blandió con fuerza sobre el vendeano, quien hurtó el golpe ladeando la cabeza, de modo que el remo dió en la borda y saltó en astillas.

Arrojóse Oullier como un rayo sobre Courtin, que por se-

gunda vez cayó de rodillas, y paralizado por el miedo rodó al fondo de la barca, murmurando con apagado acento:

—¡Gracia! ¡Gracia! —¡Oh! el temor á la muerte te ha infundido algún valor, dijo Oullier; ¡has hallado una arma! Mejor, mejor; defiéndete, Courtin, y si no te gusta la que empuñas, toma la mía, exclamó el vendeano echando su navaja á los piés del colono.

Mas éste no podía hacer ningún movimiento y balbucaba palabras incoherentes; temblábale todo el cuerpo como agitado por la fiebre, zumbábanle los oídos, y después de perder el habla perdió también el sentido en los terrores de la muerte.

—¡Ah! exclamó Juan Oullier empujando con el pié aquella masa inerte; no quiero, no puedo dar una puñalada á este cadáver.

Entonces el vendeano miró en torno como buscando alguna cosa. Tranquila estaba la naturaleza y la noche era silenciosa; una ligera brisa rizaba apenas la superficie del lago, y tan sólo se oía el grito de la *salvajina* que volaba delante del bote, y cuyo cuerpo manchaba de negro la purpúrea faja de la aurora que asomaba ya en el oriente.

Volvióse de pronto Oullier á Courtin y zamarreándole el brazo le dijo:

—Courtin, no te mataré á mansalva; Courtin, te obligaré á defenderte; sinó contra mí, á lo menos contra la muerte. Mira que se acerca, Courtin; defiéndete.

El colono respondió con un gemido, mirando en torno con ojos vagarosos; pero veíase fácilmente que no distinguía ninguno de los objetos que le rodeaban, pues todos se los borraba la muerte terrible, horrorosa, amenazadora.

Dió Oullier una fuerte patada en la borda, cedieron las tablas medio carcomidas, y el agua entró arremolinada en la barquilla.

Courtin salió de su estupor al sentir la frialdad del agua, y arrojó un grito horrible, un grito nada humano.

—¡Estoy perdido! dijo. —¡Es el juicio de Dios! exclamó Juan Oullier alzando el brazo al cielo; antes no te maté porque estabas atado, y ahora tampoco lo haré, Courtin; si tu ángel bueno quiere salvarte, en sus manos está tu vida, y yo no habré teñido las mías con tu sangre.

Mientras Juan Oullier pronunciaba estas palabras el colono se había levantado y andaba de acá para allá en la barca.

El vendeano, tranquilo é impasible, se arrodilló en la popa y se puso á orar.

El agua continuaba subiendo.

—¡Oh! ¡quién me salvará! ¡quién me salvará! gritaba Courtin poniéndose lívido al contemplar con espanto las seis pulgadas de madera que apenas quedaban á flor de agua. —Dios, si quiere. Nuestras vidas están en sus manos; tome una ú otra, la tuya ó la mía, sálvenos ó condénnos á entrambos; en su diestra estamos. Courtin, acepta su juicio.

Al terminar el vendeano estas palabras, crujió el bote: el agua había llegado al extremo de la borda; el bote se arremolinó, flotando un segundo más, y hundióse en seguida en las profundidades del lago con siniestro rumor.

Courtin fué arrebatado en el remolino; mas luego subió á la superficie, y asióse del segundo remo que cerca de él flotaba. Aquel seco y ligero pedazo de madera le sostuvo bastante tiempo para que pudiese dirigir la postrera súplica á Juan Oullier.

Este no le respondió; habíase puesto á nadar y avanzaba poco á poco hacia el oriente.

—¡Socorro! ¡socorro! gritaba el desventurado Courtin; ayúdame á llegar á la orilla, Juan Oullier, y te doy todo el oro que llevo encima. —Arroja ese oro impuro al fondo del lago, dijo el vendeano que había visto al colono asido al remo; es la única probabilidad de salvación que te queda, y este consejo la única cosa que quiero hacer por tí.

Llevóse Courtin la mano al cinto, y al punto la apartó como si se hubiera quemado al contacto del oro, como si el vendeano le hubiese mandado que se abriera las entrañas y sacrificara su sangre.

—Nó, nó, murmuró, lo salvaré y yo con él.

Y probó á nadar; pero además de no tener la fuerza y habilidad de Juan Oullier en este ejercicio, el oro pesaba demasiado, y á cada brazada se hundía en el agua, tragándola á pesar suyo.

Llamó todavía á Juan Oullier, cuando este se hallaba á cien brazas.

En una de aquellas inmersiones, más larga que las otras, sobrecogido de vértigo, descinóse el cinto por un movimiento vivo y súbito, y antes de soltarlo, quiso tocar otra vez el oro, lo apretó y palpó entre sus crispados dedos.

Esa última comunicación con el metal que para él era

más que la vida, decidió de su suerte; no pudo resolverse á soltarlo, estrechólo contra el pecho, é hizo todavía un esfuerzo para salir del agua; pero el peso de la parte inferior de su cuerpo arrastró las extremidades; sumergiósse, y después de pasar algunos segundos dentro del agua, Courtin, medio ahogado, reapareció lanzando una suprema imprecación al cielo que por última vez veía, y luego cayó á las profundidades del lago, arrastrado por su oro como por un demonio.

En este momento Juan Oullier volvía la cabeza, y divisó algunos círculos que rayaban la superficie del agua; era la última señal que el alcalde de la Logerie daba de su existencia; era el último movimiento que debía efectuarse en torno y sobre él en el mundo de los vivos.

Levantó el vendeano los ojos al cielo y adoró á Dios en la justicia de sus decretos.

Juan Oullier nadaba bien; pero su reciente herida, junto con las fatigas y emociones de aquella terrible noche, le habían extenuado; así es que á un tiro de piedra de la orilla sintió que á pesar de su valor le abandonaban las fuerzas, lo cual empero no obstó para que, tranquilo y resuelto en aquel momento supremo como lo había estado toda su vida, determinara luchar hasta el extremo.

Nadó, y pronto sintió una especie de desfallecimiento; se le entumecían los miembros y parecía que se le clavaban mil alfileres en el cuerpo; dolíanle los músculos; al paso que la sangre le refluía con violencia en la cabeza, y sonaba en sus oídos un confuso rumor, como el del mar que azota las rocas; delante de sus ojos vagaban nubes negras y llenas de chispas; conocía que iba á perecer, y sin embargo sus miembros, obedientes, en su impotencia, todavía procuraban moverse al impulso de su voluntad.

Y aun nadaba. Se le cerraban los ojos mal de su grado, y envaróonsele del todo los miembros. Entonces pensó en las personas con quienes había vivido, en los niños, en la mujer, en los ancianos que habían embellecido su juventud, y en las dos señoritas que habían sustituido á los que había amado. Quería que su última oración fuese para ellos, como su último pensamiento.

Mas en este instante le asaltó una idea y cruzó una sombra por sus ojos: vió á Michel padre bañado en sangre,

tendido en el musgo de la selva, y alzando los brazos exclamó:

—¡Dios santo! ¡si me hubiese equivocado! ¡si fuese un crimen! Perdónamelo, nó en este mundo, sinó en el otro.

Y cual si esa suprema invocación hubiese agotado sus fuerzas, pareció que el alma abandonaba aquel cuerpo que flotaba inerte entre dos aguas, en el momento en que el sol, asomando por encima de las montañas del horizonte, doraba con sus primeros rayos la superficie del lago....

En el momento en que Courtin, hundido en el limo del lago, exhalaba el postrer suspiro....

En el momento en que prendían á Petit-Pierre....

Entretanto Michel era conducido á Nantes por los soldados.

Después de media hora de marcha, el teniente que mandaba la partida, se le acercó y díjole:

—Caballero, tenéis trazas de hidalgo, tengo el honor de serlo, y siento veros las esposas en las manos. ¿Queréis que las troquemos con una palabra?—Con mucho gusto, respondió el barón, y os doy las gracias, caballero, jurándoos que no me apartaré de vuestro lado sin vuestro permiso, vengame de dónde me viniere el auxilio.

Y continuaron el camino trabados del brazo, de modo que para quien les hubiese encontrado habría sido difícil acertar cuál de los dos era el preso.

La noche era hermosa, y la salida del sol fué magnífica: en todas las ramas, en todas las flores brillaban como diamantes las gotas de rocío; el aire se embalsamaba, y los pajarillos cantaban en las enramadas.

Llegado al extremo del lago de Grandlieu, el teniente detuvo al preso, con quien había tomado un buen cuarto de legua de delantera á la columna, y mostrándole un cuerpo negruzco que flotaba en la superficie del lago á corta distancia de la orilla:

—¿Qué es aquello? preguntó.—Parece un hombre, respondió Michel.—¿Sabéis nadar?—Un poco.—¡Ah! si yo supiera, ya habria ido, dijo suspirando el oficial y mirando con inquietud al camino para llamar á su gente.

Michel no escuchó más, y desnudándose en un abrir y cerrar de ojos, arrojóse al lago.

A poco arrastraba á la orilla un cuerpo al parecer exánime y en el cual acababa de conocer á Juan Oullier.

Entretanto los soldados habían llegado y se agrupaban en torno del ahogado. Abrió uno de ellos su cantimplora, y le introdujo en la boca algunas gotas de aguardiente.

Juan Oullier abrió los ojos.

Su primera mirada la fijó en Michel que le sostenía la cabeza, y hubo en ella tal expresión de angustia, que engañó al teniente.

—Aquí tenéis á vuestro salvador, buen hombre, dijo señalando á Michel.—¡Mi salvador! ¡su hijo! exclamó Juan Oullier. ¡Oh! ¡gracias, Dios mío! eres tan grande en tu misericordia como terrible en tu justicia.

XLI

EPÍLOGO

A eso de las siete de una tarde del año 1843 paróse un carruaje á la puerta del convento de carmelitas de Chartres.

Iban en el coche cinco personas: dos niños de ocho ó nueve años, un hombre y una mujer de treinta á treinta y cinco, y un campesino de edad, robusto á pesar de sus canas, quien no obstante lo humilde de su traje ocupaba al lado de la señora la testera del carruaje, teniendo en sus rodillas uno de los niños que jugaba con la cadena de acero de su reloj, mientras él pasaba la arrugada mano por la sedosa cabellera del niño.

Al detenerse el carruaje, la señora asomó la cabeza por la portezuela, y retiróla con dolorosa expresión cuando vio las oscuras paredes que circufían el convento y el pórtico sombrío que le servía de entrada.

El postillón se acercó á la portezuela y dijo:

—Es aquí.

La señora estrechó la mano de su marido sentado en frente de ella, y dos gruesas lágrimas le surcaron las mejillas.

—¡Valor, Mary! díjola el joven, en quien conoce el lector al barón Michel de la Logerie; siento que la regla del convento me impida compartir contigo ese triste deber: después de diez años esta será la primera vez que sufriremos apartados uno de otro, ¿no es cierto, Mary?—La hablaréis de mí, ¿no es verdad? dijo el viejo campesino.—Sí, Juan, respondió Mary.

Apeóse ésta y llamó á la puerta.

Al aldabonazo que resonó lúgubrementé en la bóveda vino á abrir la hermana tornera.

—¿Sor Marta? dijo la señora.—¿Sois la persona á quien espera nuestra superiora? preguntó la carmelita.—Sí, hermana.—Pues vais á verla; mas acordáos de que la regla exige que la habléis en presencia de una hermana, prohibiendo especialmente que la recordéis el mundo.

Mary inclinó la cabeza, y la tornera la condujo por una oscura y húmeda crujía con diez ó doce puertas, empujando una de las cuales se apartó á un lado para dejar pasar á la baronesa de la Logerie.

Vaciló ésta conmovida un momento, y cobrando en seguida fuerzas traspuso el dintel y hallóse en una celda de ocho piés cuadrados á corta diferencia, cuyo mueblaje consistía en una cama, una silla y un reclinatorio, viéndose por únicos adornos algunas santas imágenes pegadas á las desnudas paredes, y un crucifijo de ébano y cobre encima del reclinatorio.

Nada de eso vió Mary.

En el lecho había una mujer cuyo rostro había tomado el color y la transparencia de la cera, y cuyos descoloridos labios parecían próximos á exhalar el último suspiro.

Aquella mujer era, ó más bien, había sido Berta.

Entonces sólo era sor Marta, superiora del convento de carmelitas, y en breve no sería más que un cadáver.

Al ver que entraba una extraña abrió la moribunda los brazos, á los que se arrojó Mary.

Tuviéronse gran rato estrechamente abrazadas, Mary bañando con sus lágrimas el rostro de su hermana, y Berta anhelante, pues en sus ojos hundidos por la austeridad del claustro parecía que las lágrimas se habían secado para siempre.

La tornera, que sentada en la silla leía el breviario, no estaba tan entregada á sus oraciones que no advirtiera lo